



REFLEXIÓN DE MONSEÑOR JOSÉ IGNACIO MUNILLA

SALUDO A LOS JÓVENES DE EFFETÁ

[TRANSCRIPCIÓN APROXIMADA]

Link a YouTube <https://www.youtube.com/watch?v=VohDcnIPaXI>

Dice una frase del evangelio de San Juan: «Nadie viene a mí, si el Padre, no lo atrae». Detrás de esta iniciativa ha habido una inspiración. Dios envió su Espíritu e hizo que algunos jóvenes se moviesen y que, movidos por el Espíritu, pues tuviesen una inspiración, tuviesen creatividad. Porque la creatividad que hay detrás de un retiro como este, esa creatividad de pensar en cómo llegar al corazón de los jóvenes... Esa creatividad es del Espíritu Santo, es de Dios.

El Espíritu Santo es creativo. Algunos se piensan que Dios es aburrido.... No han entendido nada. Dios es una sorpresa continua, es una creatividad absoluta. Cada vez que uno conoce un poco más a Dios, se siente más sorprendido. Dios siempre te rompe los esquemas, es inagotable.

Lo primero es darle gracias a Él. También daros gracias a quienes estáis detrás de la organización de este retiro. Los que lo estáis haciendo ya intuís que detrás de este retiro ha habido mucho empeño, mucho trabajo, mucho cariño. Aquí hay cosas que se han hecho... Yo cuando iba por los pasillos y veía las velas puestas, decía «¡Madre mía, qué cantidad de detalles!». Detalles que son detalles de amor, ¿me explico?

Son detalles de amor, son cosas hechas para que uno intuya que hay un gran misterio que tenemos que descubrir. Entonces, para intentarlo descubrir, pues se recurre a detalles que sean significativos, que nos abran los ojos, que nos abran el corazón. Porque el gran problema que tenemos es que Dios está tocando la puerta y quizás no nos damos cuenta de ello, no lo percibimos.

Entonces: ¿cómo escuchar la voz de Dios? ¿Cómo abrir la puerta? ¿Cómo abrírnos a una dimensión en la que quizás hemos estado a por uvas, como se dice popularmente? ¿Cómo quitar los tapones de los oídos, como abrir los ojos? Yo creo que esta es una experiencia concreta que ha sido creada para eso: para abrir puertas.

¿Qué significa *Effetá*? «Ábrete». Ábrete: abre el corazón, abre los ojos, abre los oídos, suelta la lengua, que tus sentidos sean capaces de percibir que Dios está hablando, que Dios está gritando. Gloria a Dios por su creatividad y porque haya habido jóvenes... Porque este es un retiro de jóvenes y para jóvenes. Aquí os voy a decir una cosa: el primero que está alucinado es el propio obispo.

Si alguno ha pensado, aquí: el obispo ha pensado una cosa, el obispo ha pensado un diseño... Que no, que no, que esto no ha nacido de mí. Aquí el primer alucinado soy yo, porque es el Espíritu Santo el que lleva las cosas. Los obispos estamos detrás del Espíritu Santo casi que sacando la lengua a ver a dónde nos lleva, pero no os penséis que somos los obispos los que le decimos al Espíritu Santo lo que tiene que hacer. Más bien, estamos atentos a ver qué hace y vamos por detrás. O sea, que yo soy el primero también que tengo esa grata sorpresa.

Cuando la Iglesia se pone a pensar qué hay que hacer, muchas veces no acertamos; más bien es ver dónde sopla el Espíritu Santo. Ver dónde sopla y ponernos en ese camino, discerniendo el camino en el que el Espíritu Santo está actuando.

Es sorprendente que en medio de este mundo tan materialista, tan absolutamente en la dirección contraria, existan realidades eclesiales como esta. Y que son muchas.... Porque algunos dirán: «¿Y hay más realidades como estas?». Sí, sí, hay más realidades como estas. También uno de los privilegios del obispo ciertamente es conocer muchas realidades, y os puedo decir que hay muchas realidades de este estilo de nueva evangelización que están rompiendo moldes y están abriendo nuevos caminos.

Os quiero decir que aquí se está demostrando que ese grito que Jesús dijo en la cruz: «Tengo sed», coincide con el grito que hay en el corazón de cada uno de vosotros. «Yo también tengo sed de felicidad». En el corazón de cada uno de nosotros hay un agujero tan grande, tan grande, que solo Dios lo puede llenar. Hemos sido

creados para Él y no hay nada que pueda llenar ese agujero que no sea Dios. El grito de Dios «Tengo sed» coincide con nuestro grito: «Deseo una felicidad plena que en este mundo no encuentro, solo Dios me pueda hacer plenamente feliz».

Ahora, os voy a decir una cosa: ¿vosotros creéis que esa felicidad que aquí estáis un poco atisbando...? A uno, Dios le ha dado el perdón de sus pecados, entonces tiene una felicidad de volver a nacer de nuevo... Esa felicidad tan grande, tan grande... ¿Por qué te la habrá dado Dios a ti? ¿Porque eres más guapo que alguien?

Yo también quisiera que en esta noche atisbaseis que en esa elección personal que Dios ha tenido contigo —porque es una elección personal, porque ahí abajo, fijaros que desde aquí se ve todo (es impresionante la ubicación del seminario), allá abajo hay muchísimo jóvenes que no se han enterado de esto; muchísimos que están ahora mismo a ver qué pillan esta noche—, por qué te la ha mostrado a ti. ¿Porque tú eres más guapo que los de abajo?

Yo me atrevería a decir que aquí ha habido una elección personal para también constituirte en testigo delante de los demás. Es una elección inmensa la que Dios ha hecho de cada uno de nosotros, pero nos ha constituido en testigos delante de los demás, en apóstoles delante de los demás. Ese tesoro que hemos recibido, sería injusto que yo ahora lo utilizase como un sitio en el que me siento a gusto. *Si hace frío, me pongo la mesa camilla; si hace calor, me pongo el aire acondicionado. Yo estoy a gustito.* No, no: Dios me ha elegido.

La Madre Teresa de Calcuta decía: «Yo sólo soy un lápiz con el que Dios escribe una carta de amor al mundo». ¡Pero vaya lápiz, eh, vaya lápiz! Cada uno de nosotros tendremos que ser un lápiz con el que escribamos una carta. Igual en vez de lápiz es un altavoz, no lo sé. Igual en vez de lápiz o altavoz es un instagram, no lo sé. Igual es en el tú a tú, en un encuentro personal: mi familia, mi novio, mis compañeros de la universidad...

Hemos sido elegidos, hemos sido objeto de una elección y un privilegio en el que tenemos una responsabilidad. Es decir, tenemos que ser testigos de lo que Dios ha hecho con nosotros, testigos de Dios.

Estamos en un momento eclesial de reflexión muy potente. Se da la circunstancia, porque esto es así, se da la circunstancia de que este verano no, el próximo, se celebra la Jornada Mundial de la Juventud en Lisboa. Una Jornada Mundial de la Juventud que, claro, al ser en un lugar tan cercano, tan accesible para nosotros, nos da una gran oportunidad de ofrecerles a muchos jóvenes conocidos nuestros la oportunidad de una experiencia eclesial de una manera muy atractiva, de una manera en la que fácilmente muchos pueden tener una experiencia de la vida de la Iglesia y del don del Espíritu, que es así de creativo, que es una gran oportunidad.

Creo que una de las cosas que tenemos que hacer cuando nos pongamos en marcha es decir: «¿Cómo haríamos en nuestra diócesis...?». Creo que vosotros podéis perfectamente estar siendo objeto de una llamada de Dios que, obviamente, cada uno no tenéis que discernir —yo no puedo decir qué os dice Dios a cada uno de vosotros porque cada uno tiene que discernirlo y habrá llamadas distintas entre vosotros—. Pero creo, sospecho, intuyo que habrá una llamada grande, muy generalizada, a ser apóstoles y a ser instrumentos de esa gran llamada que hace la Iglesia Católica a la Jornada Mundial de la Juventud próxima. Sospecho que a muchos de vosotros, el Señor os quiere elegir como testigos para esa gran convocatoria.

[Hoy] es una noche clave de vuestra vida la que estamos viviendo aquí. Yo os diría: vamos a disfrutar este momento, que no se nos olvide jamás este momento, que quede escrito en nuestro corazón de cuánto Dios nos habló, nos susurró, nos gritó, nos rompió la sordera, porque todo eso ha ocurrido. Dios entra, rompe tu sordera, te susurra al oído, te dicen: «Te estaba esperando. Con cuánto amor, con cuánta paciencia, yo he esperado este momento de poderte de hablar». ¿Pero qué paciencia ha tenido Dios conmigo, no?

Bueno, os felicito de todo corazón por haber escuchado esa llamada, para haber abierto esa puerta, por no haberos resistido a esa su llamada. Quiero concluir invocando a nuestra Madre, invocándola como la mujer más feliz del mundo. Hoy le habéis dado muchas alegrías a la Virgen. La Virgen hoy estará muy contenta, muy contenta, porque ella recibió una encomienda de Jesús de cuidaros. No sé si lo sabíais, pero la Virgen María tiene una encomienda de Jesús de cuidarte —«Ahí tienes a tu hijo», “cuídamelo”— Esa encomienda que María recibió de Jesús la lleva cumpliendo

desde el día que naciste. Y, sin darnos cuenta, pero muchas veces le hemos pegado muchos disgustos a nuestra Madre. Ella intentando cuidarnos y nosotros como cabras.

Hoy le hemos dado una gran alegría. Hoy Nuestra Madre sonrío. Sonríe y te dice que para ella esta noche ha sido una noche largamente preparada. Ella ha orado intensamente ante el Padre para que tú tuvieses una respuesta de amor en esta noche. Luego, hoy también le decimos: *Felicidades, María. Felicidades porque lo que aquí hemos vivido también es obra tuya. Tú has preparado este momento de encuentro de cada uno de nosotros con Jesucristo.*

Y nada; ya véis, chavales, lo que os digo: que vamos adelante, que vamos adelante y que la noche es joven todavía, me parece.